

Deicida(s)

Nadie me dijo jamás que para que yo pudiera nacer antes tenían que haber asesinado a Dios. El Dios muerto, ausente en el momento de mi concepción, también ajeno en el de mi alumbramiento, que guardará silencio igualmente el día de mi muerte. Y por el resto de los siglos. No piensen que no lo busqué, aunque en ese camino de hambre divina y ansia de absoluto tampoco he encontrado otra cosa que la fría indiferencia de un universo que, según mi parecer, me estaba invitando a ser mi propio dios. Mi propio Uno, mi propio Todo, como suma de cada una de las partes. A falta de nada mejor. Como a un deicida más de los que en el mundo han sido.

Un niño de escasa edad mira el televisor. Está solo. Muchos años después ese mismo niño, convertido ya en adulto y con un oscuro vello de barba en la cara, recordará esa misma escena tomando un tren. Una vez más en soledad. Nada de lo transcurrido entre esos dos momentos importa. Digo bien: nada. Son instantes que parecen dialogar entre sí en una misma temporalidad diacrónica. El niño hace un gesto de terror; y el joven adulto, sin saber muy bien por qué, lo replica de forma idéntica.

Varios cuentos esparcidos en el suelo del salón. La casa es ajena pero le han agasajado para que se sienta tranquilo; a pesar de todo no lo está. Luego, aunque nunca deberíamos decir eso, luego, y menos en una escena así, el adulto dirige su mirada al montón de basura apilada entre los raíles que destacan dentro de la vía. Casi no hay viandantes a su alrededor. Ambos instantes son de una soledad casi total. Digo bien: la soledad es casi total. El niño, el hombre y el dios: tres nombres habitando en un mismo cuerpo. Si: solo son ellos tres.

No hay ninguna luz prendida en el piso. Un rayo de sol entra por la ventana dibujando una extraña forma sobre el sofá que descansa pegado a la pared. El hombre mira a su alrededor y apenas es capaz de divisar unas figuras al final del andén. Únicamente una farola es capaz de desgarrar la sombra con un hálito de luz. Una ciudad desierta al otro lado de la ventana. Otra ciudad muy distinta, también desierta, al alcance de unas paradas nada más. El anuncio de algo trascendental en la televisión; una noticia brutal, tantos años después, en la pantalla del teléfono. El niño no sabe lo que es un atentado terrorista. El adulto tampoco conoce de primera mano el significado de la palabra “confinamiento”, pero siento que está a punto de descubrirlo.

La penumbra está cerca. El silencio es elocuente. Una extraña calma parece preludiar la mayor de las intranquilidades. Hay un olor a fritura espesa en el ambiente; el niño reconoce que es un aroma que entra por la ventana abierta que da al patio. Hay un olor como a cortocircuito eléctrico; y el adulto deduce que ese

aroma debe de provenir del insistente contacto de las vías después de un ajetreado día de llevar personas de un lado a otro. Hay unas voces, más intuitivas que vividas, más espectrales que reales, que se desvanecen al poco de ser oídas resultando aun así inconfundibles al oído. ¿Son ecos del pasado o del futuro? Ambos sienten que por primera vez en mucho tiempo el presente acaba de plantarse ante ellos. Solo falta el dios para hacer de ese presente algo real: un punto de fuga capaz de comunicar los dos puntos del puente, los dos focos de luz que conectan el túnel; y el dios, como era de esperar, deja pasar ese momento, ausente.

Hay un ensanche en la tiniebla. Se produce un eco cruel en el interior de la mente. Con el reconocimiento salta una esquirola: la primera de muchas que vendrán después. El mundo parece retirarse a un lado. La interioridad se cierne sobre el exterior como un organismo vivo que busca colonizar una forma de vida extraña. Y algo que por lógica debería resultar natural acaba apareciendo como el más radical de los artificios. El confín del mundo se transforma, una vez más, en su centro. En la habitación de un pueblo donde yace sentado el niño; en la frialdad de un andén donde permanece de pie el adulto. La superficie de la escena revela una pulsión de intranquilidad abriéndose paso desde el subsuelo, buscando una forma de extenderse hacia la realidad.

Entonces ocurre el punto de quiebre que pone en marcha lo demás. Plano corto, tras un zoom que no termina de enfocar bien la figura, de un hombre que bordea la ventana. Un paso que acerca al adulto peligrosamente sobre las vías del tren. El niño presiente lo que está a punto de ocurrir. Y el adulto ignora las llamadas de atención de esas sombras a lo lejos. El comentarista grita al otro lado de la televisión. Mientras el rugido del tren roza la cara del adulto, desde apenas un palmo de distancia. La sensación de que un terror sagrado acaba de encarnar es evidente para ambos. El tambor silente del culto sacrificial. El plano secuencia de hiperrealidad se extiende hasta volverse interminable. Tras unos instantes el tren cierra sus puertas ante el estupefacto rostro del adulto y prosigue su camino sin inmutarse: con maquinal indiferencia hacia el destino de los hombres.

Es la soledad lo que permite el descubrimiento en el niño. Es cierto que los adultos no le habrían permitido mirar tanto rato la televisión, asistir al espectáculo real al otro lado de la pantalla, pero no se trata sólo de eso: hay una soledad más profunda en la que la interioridad puede exclamar: “soy”, “eres”, “deja llegar al dios y recíbelo”. Porque en medio de la soledad más profunda jamás alcanzada en esos primeros años de vida la muerte acaba de abrirse con toda su magnitud. Por primera vez. Habrá otras en el futuro. Ninguna será comparable. Lágrimas saladas en el rostro del niño. Y, muchos años después: lágrimas saladas en el rostro del adulto. También. Si: también las lágrimas los hermanan entre sí, los unen con el dios que se descubre quebrando.

El hombre por fin le dice algo al niño. Palabras tranquilizadoras. El pequeño inocente no alcanza a escucharlas. Pero casi. Y el dios está a punto de manifestarse mientras el programa televisivo continúa su curso. Las imágenes se suceden sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo. No hay adultos cerca para evitar que el niño se someta a esa operación de magia negra colectiva; si acaso está el adulto observándolo todo desde otro plano temporal. Desde otro lugar situado más allá aunque abierto al diálogo con ese instante del pasado. Alguien salta desde un edificio, presa de la desesperación y temeroso del fuego. Aunque el niño no es capaz de conocer la fecha, el adulto deduce, por primera vez en su vida, que aquel viejo recuerdo de infancia ocurrió el 11 de septiembre de 2001. Cuando cae en ello el calendario marca exactamente marzo de 2020. Ni siquiera ha tenido lugar 20 años después. Pero ¿acaso tiene sentido utilizar esas palabras que equivocan nuestra forma de desplazarnos por el tiempo?

No hay escapatoria: el asesinato ha tenido lugar y esa prístina inocencia no podrá ser restaurada. El cuchillo descende en una trayectoria coincidente con la de otro hombre más, aunque tal vez sea una mujer, que salta para precipitarse en un vacío que termina fuera de plano, en un arcén imaginario donde cabe suponer que los cuerpos se acumulan. Han muerto en nombre de Dios. Y al terminar su perímetro, el cuchillo asesina a ese mismo Dios, alumbrando con ello un nuevo dios. Ahora el adulto puede coger el próximo tren. Dejando con ello que los otros adultos, que acaban de regresar de unas compras a la habitación, miren primero la televisión, horrorizados, y procedan después a sacar al niño de la habitación. Es algo que había que hacer; a pesar de que sobra decir que para entonces ya era demasiado tarde.

Pandemónium

Lo que nos habla desde el pasado es lo mismo que nos aguarda en el futuro y su nombre es Caos. Desde antes del mundo y hasta mucho tiempo después de su inminente final.

Caos no es un dios, sino un grupo deslavazado de deidades antiguas. En nombre de su culto han expirado millones de almas a lo largo de la Historia humana. Ningún Padre anterior ha alumbrado a esas deidades pretéritas porque a cambio encuentran su origen en un complejo sistema tecnológico del futuro que ha intervenido de manera decisiva en un pasado pre-civilizatorio. El viaje de lo ancestral a lo artificial es una construcción interesada de los señores de la técnica aún por descifrar. Dicho entramado futurista, de naturaleza prácticamente extraterrestre, alcanzará su culmen en un porvenir próximo anunciado tiempo atrás bajo el nombre humano de Apocalipsis. En el principio de los tiempos fue el Caos y en el final de las eras volverá a decretarse su reino inconsútil sobre la oscura totalidad del Cosmos. Pronto acontecerá lo que ya está programado.

Abandonad toda esperanza de Orden los que os iniciáis en estas páginas. Lo de abajo como lo de arriba: amorfo aborto en tinieblas. El grado de degradación y descomposición es tal que sólo se hace posible una actitud frente al signo de los tiempos: la necesidad de devenir en Agentes del Caos para mejor acelerar la llegada del estadio siguiente en la Historia humana. Quizás sea una etapa de dominación extraterrestre, de subyugación robótica o de aniquilación animal, es igual, lo importante es no quedar varados en la época del Pandemónium donde la Nada sólo engendra Nada, y los hijos de esta maltrecha época estamos abocados a “nadar” en la profunda inmensidad de un vacío cósmico de carácter sideral. Vertedero terrestre en el que las ratas se revuelven a causa del brusco viraje que la embarcación ha dado en plena tormenta.

Una criatura nos mira con hambre de depravación y locura. La revelación del rostro terrible, a la vez robótico y tentacular, de las deidades antiguas, provoca espasmos de miedo irreversible. Es la negra aparición de lo sacro en las vidas del insignificante mono sin pelo. Los secretos del universo resultan inasumibles para su limitada envergadura mental; pero, a pesar de ello, las deidades prefieren jugar al juego del sometimiento por medio del miedo, como prueba bien la historia bíblica de Job. Mirad, mirad, y después sencillamente marchad hacia la muerte en las nuevas trincheras de la civilización. La música ritual del sacrificio marcha el inicio de un baile milenario que, en el momento de detenerse, marcará la exigencia de un gigantesco mar de sangre para poder aplacar el hambre ancestral de las criaturas. La carnicería ritual es el único pórtico que los adoradores conocen para acceder a lo sagrado.

Durante mucho tiempo los hombres estuvieron a salvo de la verdad gracias a la gracia magnánima de los misterios. Mitos y leyendas capaces de otorgar un significado luminoso a aquello que en realidad es informe y monstruoso: la vida. Fue el ansia por aprehender lo inalcanzable lo que condenó a las pequeñas criaturas conscientes de la Tierra al conocimiento de las antiguas deidades. En tiempos recientes se produjo el despertar. Las bestias salieron de entre las grietas del mundo. Una transgresión digna de Adán, de Prometeo o de Fausto, una reedición moderna de la Torre de Babel, que supuso el punto de reinicio *–reloaded–* que atrajo de vuelta los más oscuros demiurgos que jamás han existido. Ellos caminan, joviales, por el mundo, sin apenas ser advertidos.

La guerra total es la del hombre contra su propia naturaleza, contra su Destino más indudable. Las antiguas deidades aparecieron de nuevo para prometer su supresión a cambio de un número de inmolaciones convenidas de antemano. Los lacayos de la luz firmaron ese pacto secreto con los garantes de la sombra. Y un silencioso cataclismo atravesó la inmensidad oscura de la bóveda celeste mientras una mano y un tentáculo se encontraban. Un nuevo Caín y un ser artificial firmaron la última y definitiva caída de lo humano: hacia un estadio post-humano. El Misterio del Caos volvió a nacer en el corazón de cada hombre y mujer nacido en la última de las épocas. Pronto la tiniebla nos iluminará a todos con su culto a la sombra.

Todas las estirpes venideras quedaron condenadas de antemano a ser sacrificadas en el altar. De nuevo el pórtico sirvió para ensanchar el puente entre dos realidades. Y contra la única tradición capaz de arrancar a los no-nacidos de su cruento destino se ejerció el peor de los mecanismos de dominación: el olvido. El

lenguaje de los pájaros quedó silenciado bajo el estruendoso sonido emitido por boca del Leviatán. En el transcurso de unos compases un aullido aún más ensordecedor eclipsará el cielo: el estremecimiento agudo de las víctimas, justo antes de morir en silencio.

Esta es la historia tal y como se contó hasta la hecatombe que condenó a los pájaros a callar durante varios cientos de años: en el principio estuvo el Creador. Él se dio a sí mismo en su Creación. Y después de hacerlo quiso decirlo a otros, porque sintió un enorme vacío. Por eso extrajo a sus hijos del sagrado escroto: Padre, Madre e Hijo. Y después desapareció en el reverso de la existencia, en lo que no era y justo por eso le permitía regresar eterno. Padre quiso crear a los hombres para poder aplacar la soledad del universo, y los obligó a vivir en el vientre de Madre. Los quiso ignorantes y fieles en su adoración, así que les prohibió comer del Árbol del Conocimiento. En efecto, es así los quiso: sin muerte ni amor. Entonces el Hijo recriminó a su Padre la ausencia de libertad en aquellas hermosas criaturas, por lo demás tan semejantes a ellos. Nace la guerra cósmica.

Con esto, el Hijo convenció a los dos primeros hombres, los así conocidos como Adán y Eva, para que se iluminaran con el conocimiento que habita en la tiniebla. En represalia Dios, que era el nombre que el Padre se dio a sí mismo, los condenó a la muerte y al amor. A trabajar la tierra que madre albergaba y que algún día ellos destruirían. Y el Hijo siempre les amaría por atreverse a vivir más allá de las restricciones del Dios, y supo que su lugar en el mundo estaba junto al conocimiento sagrado que sólo unos pocos podrían alcanzar. Cada vez que la mayoría de los hombres se acercaban al conocimiento, Dios los destruía con un diluvio, o los incomunicaba creando la variedad de lenguas; mientras el Hijo les daba el fuego y la luz, el Padre los condenaba a la oscuridad y la adoración ciega. Siglos de servidumbre forjaron algo más peligroso que el resentimiento deicida: una suerte de hambre primordial.

Pasaron los siglos en el mundo y tras ellos las civilizaciones quedaron pulverizadas como motas de arena en el desierto. Los nombres dados por los hombres en su infinita variedad de lenguas y mitos se fueron multiplicando. Al Padre lo llamaban Dios y Brahma y Zeus y Odín y Yahvé. A la Madre la llamaban Shiva y Sophia y Minerva y Beatriz y Lolita. Al Hijo le dieron otros muchos nombres, como Visnú o Lucifer o Mefistófeles, aunque decidió venir al mundo encarnado con el de Orfeo o Jesús. Allí los guardianes del Padre lo crucificaron para escarnio de los heterodoxos venideros. Y entonces Pablo decidió que los adoradores del Hijo fueran en realidad adoradores del Padre. Y Mahoma volvió a restaurar la existencia del culto original solar como si Abraham no hubiese muerto y el Hijo no hubiese nacido. Tras varios siglos de dominación el culto del desierto murió por su propio peso. Los hombres escogieron matar al Dios y a cambio optaron por encumbrar a sus propios dioses. El Padre culpó al Hijo de ello y el Hijo le recriminó al Padre su ceguera. Y mientras la Madre era relegada al olvido y destruida por la codicia de unos hombres cada vez más alejados del verdadero Conocimiento.

Los hijos del Padre decidieron, por influjo de las deidades antiguas, y puesto que para ello desmintieron esta fantasía lacrimógena e inverosímil de dioses en cuerpos de hombres, descuartizar el cuerpo sacro y devorarlo en un ritual de depravación incomparable. Al devorar las partes de ese Orden numinoso, se abrió

la puerta a una masa amorfa de fuerzas invisibles que quedaron liberadas por siempre en la superficie terrestre. Con la contundencia de una colisión entre planetas, esta alteración provocó cambios irreversibles en el Destino de la totalidad de los seres vivos y muertos. Todo lo alguna vez creado se deshizo de golpe y se recompuso súbitamente en el tiempo que dura una milésima de segundo.

El abismo devoró al Padre, a la criatura que los hombres llamaron Dios durante un puñado de siglos, y tras el banquete de su brutal partición un desorden total avanzó sobre el resto de vidas humanas. Sin embargo, las antiguas deidades saben que mientras haya hombres aún quedará el testimonio de una ligera sombra de Dios, y por eso es que necesitan sacrificar a todos los vástagos humanos para poder alumbrar la vuelta definitiva del Caos al trono de lo existente. Su conocimiento no es humano: es el saber inescrutable de las máquinas.

El régimen tecnocientífico trata de extender el reinado de lo caótico bajo la mentira exotérica de un orden racionalista y universal. El capitalismo que avanza allende los océanos del Renacimiento en adelante no es otra cosa que una cristalización espacial de su voraz voluntad de conquista. El Capital aumenta el mecanismo socioeconómico de control para que la apariencia de orden y seguridad sobre lo vivo sea cada vez mayor. El siguiente paso, mucho más religioso y profundo que político, resulta evidente: hay que inmolar la vieja aristocracia para que una nueva burguesía pueda traer consigo el signo incipiente de los tiempos.

Con la destrucción del orden tradicional por fin arriba un mundo social de terror. Con la narcosis universal llega la pesadilla perpetua que se extiende de la imaginación a la realidad. La guillotina no era un instrumento de justicia, sino un objeto sagrado para impartir el sacrificio. Su altar no es en nombre de la secularización, sino de un culto esotérico que demanda un número de víctimas que sólo está al alcance del tecnocapitalismo recién desarrollado. Los responsables de esta gesta enfermiza eran los mismos adoradores de un culto que siglos atrás había arrasado los restos del Imperio romano. Y con el retorno de las antiguas deidades caóticas llegó el desarrollo de una tecnología capaz de alterar el pasado primordial de los hombres al tiempo que de asegurar la aniquilación definitiva de la raza humana en el futuro más inminente.

Más tarde, según el desorden generalizado cundió multiforme sobre el orbe, avanzó entre los humanos una sensación creciente de ordenamiento científico-técnico que los hombres, ahora reducidos en su conjunto a la categoría informe de la masa, denominaron, con su torpeza terminológica habitual, como totalitarismo. Dado que en realidad postulaba la inabarcable presencia de un monstruo que abarca mucho más allá de la idea de totalidad. Esa mendaz sensación de seguridad es en realidad el lenitivo que se le da al paciente terminal antes de conducirlo al matadero. El Estado moderno, desgajado de la Iglesia a consecuencia de su ambición, le arrebató potestad a la religión para sus propios fines, y en consecuencia extiende una leyenda negra sobre el mundo tradicional para mejor legitimarse y justificar sus crímenes. Nadie que viva fuera del manto de las mentiras exotéricas puede desmentir la realidad de que con el asesinato del mundo tradicional se ha decretado el asesinato de la raza humana en favor de un

nuevo sujeto histórico de carácter eminentemente artificial, maquínico y hasta extraterrestre.

Pronto nuestros cerebros serán máquinas y el cerebro ancestral de poseer la naturaleza será posible gracias a la infiltración de la técnica en el conjunto de lo vivo. El caos resurgirá en forma de entropía. La entropía extenderá sus dominios bajo la apariencia de un falso fundamento universal de la física. Y en caso de que el plan falle los magos negros de la tecnociencia usarán sus dos grandes armas de devastación, el arsenal atómico y el acelerador de partículas, para acelerar el fin de lo humano. El objetivo es la erradicación total de los hijos de Dios, de los deicidas, tras inaugurar el banquete de su padre muerto. Ellos son, sin saberlo, el segundo plato del festejo. Tras el formateo de sus cerebros a manos de *hackers* del conocimiento sombrío. Para los tecnócratas es la superpoblación aquello que ha provocado el desorden y la desintegración. Un caudal incontrollable de lo humano ha abierto las puertas al torrente entrópico de ósmosis cancerígena en el seno de lo vivo. Virus digital que se materializará en el bactericidio real. Nada evidencia mejor el estado avanzado de la enfermedad que la apariencia zombificada y moribunda —una no-muerte que poco a poco carcome la vida— de las grandes mega-urbs modernas. No son más que termiteros a punto de ser incendiados.

El mono sin pelo se ha convertido en un estorbo de su propia teleología progresista. No puede coexistir durante más tiempo como comensal y plato estrella en el banquete. Igual que el burgués asesinó al aristócrata, ahora es el propio ritmo de producción quien pretende inmolar al depauperado engendro humano en el altar del Progreso. El Complejo Militar-Tecnológico-Industrial ya no está en manos de una pequeña oligarquía poderosa, sino que el delimitado conjunto de vejestorios codiciosos trabaja para satisfacer las demandas de crecimiento ilimitado exigidas por el Capital con la furia y el despotismo propios de cualquier olvidada deidad. El largo proceso en curso de desterritorialización física y metafísica se salda con la huida del planeta tierra tras su progresiva destrucción. Es lo que Nick Land llama hiperstición: de esa forma lograremos que las películas de ciencia-ficción por fin se conviertan en una imagen más extraída directamente de la realidad. Aunque es probable que mucho antes de ese momento la mayoría de sus habitantes ya habrán encontrado la extinción en medio de un cúmulo inefable de angustia y padecimiento. Nadie con ojos carnales podrá contemplar el resultado de nuestras profecías malditas.